

Un Nobel sangriento: sobre palabras, hechos y nuevas marcas

Por Paul Street

Traducido del inglés para La Haine por Felisa Sastre

ZNet, 15 de diciembre de 2009

<http://www.zmag.org/znet/viewArticle/23365>

Obama es un personaje *orwelliano* increíble capaz de conseguir que el pueblo crea que la guerra es la paz. (Jeremy Scahill, Chicago, Illinois, *Speech to the International Socialist Organization* [Discurso ante la Organización Internacional Socialista], junio de 2009.)

Cindy Sheehan considera la guerra, guerra, con independencia de que quien la lleve a cabo sea un idiota blanco del interior, Texas o un elocuente hombre negro de Chicago. (Alexander Cockburn, 5 de septiembre de 2009)

Lo único que Obama nos ha traído al país es la guerra. ¿Premio de la Paz? Él es un asesino. (Un afgano, 10 de diciembre de 2009)

El día que se concedió a Barack Obama el premio más apreciado para quienes promueven la paz, la *Associated Press* publicó un párrafo muy interesante: “El presidente Barack Obama entró el jueves en el Panteón de los ganadores del Premio Nobel de la Paz con humildes palabras, reconociendo sus escasos méritos, y haciendo una rotunda defensa de la guerra”.

Verdaderamente, vivimos unos tiempos *orwellianos*. [1]

Un premio desprestigiado

¿Merece Obama este Nobel? Admitamos desde el principio que, desde hace tiempo, el premio ha tenido en poca consideración el auténtico compromiso con la paz de sus galardonados. Alfred Nobel, es necesario recordarlo, fue un importante fabricante de armas, inventor de la dinamita y de otros materiales bélicos letales.

Es cierto que el Nobel de la Paz se ha concedido a personas que lo merecían, como el Dr. Martin Luther King, Jr, pero hay muchos otros líderes pacifistas y enemigos de la guerra que no lo han recibido y deberían haber sido galardonados con él, entre otros, Mahatma Gandhi, dirigente de un movimiento de resistencia pacífica frente al imperio británico en los años 1940.

En varias ocasiones, el premio ha ido a las manos de estadounidenses poderosos con historiales sangrientos. En 1906, se concedió a Teddy Roosevelt, un hombre que públicamente exaltaba la guerra en el extranjero y el genocidio en nuestro país; un hombre que provocó la guerra entre EE.UU. y España, de acuerdo con su convicción de que Estados Unidos necesitaba tener guerras periódicas para mantener la adecuada reciedumbre del país.

En 1919, el premio fue para Woodrow Wilson, quien aplastó la disidencia en el país mientras enviaba a centenares de miles de soldados estadounidenses a matar y morir en la mayor masacre imperialista conocida hasta entonces: la Gran Guerra; y que había enviado tropas para combatir contra la Revolución rusa de 1918. Wilson, asimismo,

intervino en las sangrientas y neocoloniales guerras de México, República Dominicana y Haití, donde sus soldados restauraron de hecho la esclavitud en las plantaciones de azúcar.

Lo recibió en 1945 Cordell Hull, secretario de Estado de Franklin Roosevelt, un hombre que se había negado en 1939 a acoger a los refugiados judíos procedentes de la Alemania nazi. Hull contribuyó a apaciguar los ánimos occidentales contra el nazismo expansionista con la excusa de que el fascismo era un útil baluarte contra el socialismo. Y Hull intentó asfixiar económicamente a un Japón muy debilitado, lo que provocó los ataques que sirvieron de excusa para la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, una guerra que él y otros altos responsables políticos aprovecharon para que Estados Unidos se convirtiera en la superpotencia que controlara económica y militarmente el mundo.

En 1973 fue galardonado Henry Kissinger, secretario de Estado de Nixon. Kissinger fue uno de los principales responsables de la última etapa del martirio del Sudeste asiático a finales de los años 1960 y principios de los 70, incluidos los homicidas bombardeos masivos de Hanoi y Haiphong, y de las invasiones de Camboya y Laos. Estuvo implicado en el criminal golpe de Estado que derrocó en septiembre 1973 al izquierdista Salvador Allende, presidente democráticamente elegido. La Junta militar de Santiago- aliada de Estados Unidos- asesinó y torturó a miles de chilenos, y, cuando se concedió a Kissinger el premio Nobel de la Paz, continuaban las ejecuciones y torturas. [2]

Casi exactamente dos años después de recibir el Nobel, Kissinger y su presidente Gerald Ford dieron luz verde a su Estado clientelar de Indonesia para que invadiera Timor Oriental, Estado insular independiente, en una invasión sangrienta y genocida que asesinó a un tercio de su población durante el cuarto de siglo siguiente. [3]

Así que el Nobel tiene en su palmarés a más un poderoso y ferviente partidario de la guerra, adicto al olor de la pólvora, antes de que llegara a manos de Obama.

La escalada en Afganistán-Pakistán y el discurso: Engaños y olvidos

Insistamos, ¿qué ha hecho el presidente Obama para merecer un premio, cualquier premio, relacionado con la palabra paz? ¿Qué empresa ha abordado que pueda situarse a la altura de lo hecho por el Dr. King, quien en 1967 valientemente calificó a Estados Unidos como “el principal ejecutor de violencia en el mundo”, añadiendo que un país se acercaba a la “muerte espiritual” cuando invertía más en el ejército que en gasto social?

Empecemos por Afganistán, o lo que el Gobierno denomina “Al-Pak”. En defensa del Nobel de Kissinger, se puede argüir que Henry, al menos cuando lo obtuvo, había acabado con una guerra imperialista en el Sudeste asiático.

Obama ha conseguido el suyo cuando ha ordenado la intensificación de una guerra imperial en el sur de Asia.

Oficialmente anunciada hace dos semanas, la decisión de Obama de intensificar la guerra en Afganistán, por segunda vez, era algo esperado. La decisión nunca se puso en duda habida cuenta de que se había rodeado de militares- y había delegado su política exterior en ellos-, dispuestos todos por su historial y filosofía militar a defender un incremento del nivel de violencia.

El 1 de diciembre de 2009, al dirigirse en hora de mayor audiencia televisiva desde la Academia Militar de West Point, el comandante en jefe anunció su intención de enviar 30.000 soldados más a Afganistán durante seis meses, con un calendario acelerado que podría mandar a varios centenares de marines para Navidades. En su discurso bélico, Obama utilizó seis veces la frase “paraísos seguros”. De la misma manera que Bush en el otoño de 2001, Obama quiere que el pueblo estadounidense crea que Afganistán es algo especial, una plaza fuerte para planear y ejecutar atentados pasados y futuros contra la “patria” estadounidense. La palabra de la que se sirvió la semana pasada fue “epicentro”, un peligroso sin sentido. Tal como el profesor de la Escuela de Administración Pública de Harvard, Stephen Walt, señalaba en un ensayo sobre política internacional en agosto de 2009, la leyenda de Obama sobre “el refugio seguro” descansa en la falsa premisa de que Al Qaeda y / o sus muchos y variados imitadores no podrían planear eficazmente y ejecutar futuros atentados terroristas desde otros muchos lugares, entre ellos Europa occidental y los propios Estados Unidos. Los atentados del 11-S se organizaron y dirigieron básicamente muy lejos de Afganistán y Pakistán. Es decir, no existe un único “epicentro” del extremismo terrorista islámico... ningún único epicentro salvo, quizás, Washington, desde donde se han alimentado las llamas del extremismo islámico tanto directa como indirectamente debido a su larga historia de intervenciones imperiales y ocupaciones en Oriente Próximo y en todo el mundo musulmán.

En el discurso de Obama en West Point se omitieron ciertas cosas.. El presidente no dijo nada sobre las decenas de miles de contratistas militares privados desplegados por el Pentágono en Afganistán (A finales de junio eran el 57 por ciento de todas las fuerzas estadounidenses situadas allí). Y, sólo entre junio y septiembre, el número de mercenarios pagados por Estados Unidos aumentó en un 40%. En la actualidad son 104.101, lo que supera el número total de personal uniformado.

Obama tampoco subrayó que cerca de un tercio de todas las bajas estadounidenses en Afganistán se ha producido desde que es presidente. Obama ha sido presidente durante menos de una décima parte del tiempo que llevan las tropas estadounidenses en Afganistán pero durante su período como comandante en jefe se ha producido casi una tercera parte de los muertos de Estados Unidos. Está claro que ya ha tenido lugar una escalada antes de la actual.

Obama tampoco mencionó el hecho de que en la última encuesta *Gallup*, previa a su discurso sobre Afganistán, la mitad de los estadounidenses y algo menos de un tercio de los demócratas apoyaban la decisión de la Casa Blanca de aumentar las tropas allí. Las diferencias partidarias son interesantes, y recuerdan a algunos observadores cómo Clinton, en su etapa final, tuvo que apoyarse significativamente en los republicanos por encima y contra los demócratas en asuntos relevantes como el NAFTA¹ y las reformas

¹ N.T.: Tratado de Libre Comercio del Atlántico Norte

del Estado de bienestar. Antes de su discurso de la semana pasada, sólo el 29 por ciento de los demócratas frente a un 72 por ciento de los republicanos estaban a favor de un aumento de tropas en Afganistán. (www.gallup.com/poll/124490/In-U.S.-More-Support-Increasing-Troops-Afghanistan.aspx].

(Tras su discurso en West Point, a pesar de su terrible dureza, Obama experimentó un avance y, según Gallup, consiguió una escasa mayoría del 51 por ciento que apoyaba el envío de más soldados. Esa es la razón de que la clase dirigente le fichara: para proporcionar una falsa máscara progresista, para dar un nuevo estilo, para llevar a cabo una política militarista que la mayoría de los estadounidenses hubieran muy probablemente rechazado si las hubiera llevado a cabo el partido republicano cuya marca había quedado muy desprestigiada por el fiasco de Bush.)

El discurso de Obama evitó mencionar que el gobierno Karzai, al que afirma quiere capacitar para tareas de seguridad en Afganistán, es de los más corruptos, falaces e ineptos gobiernos de la tierra. El mayor grupo étnico de Afganistán: los *pastunes*, lo aborrecen.

Obama omitió, asimismo, que sólo el 6 por ciento de las unidades militares estadounidenses desplegadas en el país tienen la moral alta y que este año ha sido en el que se ha suicidado un mayor número de soldados.

No mencionó tampoco a los muchos centenares de inocentes paquistaníes civiles asesinados por su drásticamente intensificada guerra secreta de “aviones no tripulados”. Obama ha asumido y ampliado este programa asesino dirigido por la CIA y el contratista privado conocido anteriormente como *Blackwater* (Xe Services). La periodista Jane Mayer decía hace poco: “Durante sus nueve meses y medio en el cargo, ha autorizado más ataques aéreos de la CIA en Pakistán que George W. Bush en sus tres años últimos como presidente... Sólo en este año, varios cálculos establecen que los ataques de la CIA han asesinado entre trescientos treinta y seis y quinientos treinta y ocho personas”. (*The New Yorker*, 26 de octubre de 2009). Según David Killcullen, asesor de la CIA en la lucha contra la resistencia, la mayoría de las personas asesinadas eran simples peatones que pasaban por allí. En un reciente artículo de opinión en el *New York Times*, titulado “Death From Above, Outrage Down Below” [Muerte desde arriba, cólera desde abajo], Killcullen, ex asesor del general David Patraeus, explicaba que los ataques de aviones estadounidenses por control remoto tenían lo que denominaba “una relación de 2 frente 98 colaterales”, es decir que se asesinaba dos combatientes por cada 98 civiles sacrificados”. Killcullen afirmaba: “Sí, es inmoral”. (*New York Times*, 17 de mayo de 2009).

Los dos primeros ataques teledirigidos del gobierno Obama se produjeron la mañana del 23 de enero de 2009: el tercer día de la presidencia del futuro Nobel de la Paz. El segundo ordenado por el presidente de la “paz”, por error, escogió como diana la residencia de un líder tribal pro-gubernamental, asesinando a toda su familia, incluidos tres niños. En consonancia con la política estadounidense que nos remonta a Bush y Clinton, ni siquiera se admitió oficialmente que se hubiera producido el ataque. El programa de aviones no tripulados de la CIA es un secreto que no existe oficialmente y así lo mantiene el gobierno Obama.

En su discurso en West Point, Obama pasó por alto que su guerra por control remoto y la presencia asesina de Washington en el sur de Asia está echando leña al fuego de la desestabilización y el terrorismo al que dice enfrentarse y con el que nos aterroriza en Afganistán y Pakistán. Calló, asimismo, que Estados Unidos está construyendo embajadas gigantescas y muy fortificadas en Islamabad y Kabul, así como consulados gigantescos en Peshawar y en otros lugares. Está claro que EE.UU. tiene la intención de permanecer en la región por mucho tiempo, algo que da la razón a las tesis mantenidas desde hace tiempo por Osama Bin Laden sobre cómo el imperio estadounidense tiene previsto introducirse de forma duradera en el mundo musulmán.

La semana pasada, en un intento de aplacar a sus decepcionadas bases liberales, es cierto que Obama aludió a un calendario para el inicio de la retirada en julio de 2011. Algo que no debería confundirse en manera alguna con una previsión real de retirada. Y precisamente para que nadie pudiera pensar lo contrario, el aparato propagandístico de la Casa Blanca, fue mucho más lejos el pasado domingo al difundir lo que el *New York Times* calificó de “mensaje público rotundo... que las fuerzas armadas estadounidenses podrían quedarse en Afganistán mucho tiempo... El *Times* informaba de que, en una serie de entrevistas coordinadas en televisión, “El secretario de Defensa, Robert Gates, la secretaria de Estado, Hillary Rodham Clinton y otros altos cargos del Gobierno declararon que cualquier retirada de tropas que se inicie en julio de 2011 será lenta y que los estadounidenses empezarán entonces a transferir la seguridad a las fuerzas afganas...”

El encubrimiento de la Casa Blanca

Si algo resultó sorprendente o cuando menos chocante en el discurso de Obama el 1 de diciembre fue su voluntad de distorsionar obscenamente la historia y de parecerse casi exactamente a lo dicho por George W. Bush en defensa de su política militarista. “Días después del 11-S, el Congreso autorizó el uso de la fuerza contra Al Qaeda y quienes le daban refugio- una autorización que sigue vigente en la actualidad... Por primera vez en su historia, el Tratado de la Organización del Atlántico Norte [OTAN] recurrió al artículo 5: el compromiso que afirma que un ataque contra un país miembro es una ataque a todos. Y el Consejo de Seguridad asumió la aplicación de todas las medidas necesarias para responder a los atentados del 11-S. Estados Unidos, nuestros aliados y el mundo actuaron como un todo para destruir la red terrorista de Al Qaeda y para proteger nuestra seguridad común”. (“Text of Obama’s Speech on Afganistán” [Texto del discurso de Obama sobre Afganistán], 1 de diciembre de 2009.

www.cbsnews.com/blogs/2009/12/01/politics/politicalhotsheet/entry5855894.shtml

Obama intentó con ello dar la falsa impresión de que el Consejo de Seguridad de la ONU había autorizado el ataque del gobierno Bush contra Afganistán en octubre de 2001. Pero, por supuesto, el Consejo de Seguridad no lo hizo porque el ataque no reunía ninguno de los requisitos de la ONU sobre la legítima defensa. Tras el 11-S, el Consejo aprobó dos resoluciones, en ninguna de las cuales se autorizaba el uso de la fuerza militar en Afganistán.

La afirmación de que la civilización humana (“el mundo”) estaba unido en el apoyo al ataque de Washington contra Afganistán es completamente falsa. Una encuesta internacional de Gallup, publicada tras el inicio de los bombardeos estadounidenses, revelaba que la oposición mundial era abrumadora. En 34 de los 37 países donde se realizó la encuesta, una gran mayoría se oponía al ataque militar contra Afganistán y prefería que el 11-S se tratase como un asunto criminal en lugar de cómo pretexto para la guerra. Incluso en Estados Unidos, sólo el 54% estaba a favor de la guerra. Noam Chomsky señalaba el año pasado: “ En Latinoamérica, donde se tiene una gran experiencia del comportamiento estadounidense, el apoyo [al ataque de EE.UU.] se movía entre el 2% en México al 18% en Panamá, y el apoyo se condicionaba a que no se tomara a civiles como objetivo. El mundo prefería abrumadoramente que se aplicaran medidas diplomáticas y judiciales, rechazadas de plano por Washington que se erigía en representante del “mundo” (N. Chomsky, “The ‘World’ According to Washington”, [El mundo según Washington], *Asia Times*, 28 de febrero de 2008).

“Arropados por nuestra unidad interior y por la legitimidad internacional- y sólo una vez que los Talibán se negaron a entregar a Osama Bin Laden- enviamos nuestras tropas a Afganistán”, siguió Obama, añadiendo que “No buscamos este enfrentamiento”.

Algo totalmente falso. La historia real de lo sucedido es que EE.UU. se negó a responder a la oferta del gobierno Talibán de entregar a Bin Laden a un gobierno extranjero para que se le juzgara, una vez que se presentaran pruebas de su culpabilidad. Estados Unidos de forma deliberada dio por sentado que no se entregaría a Bin Laden mediante las vías diplomáticas y legales porque, para decirlo francamente, el gobierno Bush quería la guerra y no aceptaba la exigencia de la Carta de la ONU de que todos los países utilicen cuantos medios sean posibles para la resolución de conflictos antes de recurrir a las armas. *The Guardian* informaba el 14 de octubre de 2001: “El presidente George Bush ha rechazado como “inaceptable” la oferta de los Talibán para negociar la entrega de Osama Bin Laden si Estados Unidos da fin a sus bombardeos en Afganistán”.

El discurso de West Point se vio emborronado por grandes mentiras históricas que parecían copiadas casi literalmente de los discursos bélicos de George W. Bush. Casi de la misma manera que su predecesor, Obama miró directamente a la cámara para dirigirse al pueblo de un país al que iba a producir más terror y dijo: “Quiero que los afganos comprendan que Estados Unidos quiere terminar esta guerra y el sufrimiento que ocasiona”. De la misma manera que el nefasto militarista mesiánico “Dubya”², el nuevo presidente belicoso afirmó: “No tenemos interés en ocupar vuestro país”. Y llegó, incluso a decir, con bastante prepotencia, que aspiraba a establecer una amistad duradera en la que Estados Unidos sea vuestro compañero y no vuestro dueño”. También como Bush, Obama:

- Exageró las “contribuciones de nuestros aliados” en esta guerra, que es abrumadoramente estadounidense.
- Citó “los atentados de Al Qaeda en Londres, Amman y Bali” como justificación para las intervenciones imperiales en los lejanos territorios musulmanes.

² N.T.: Mote con el que se conocía a Bush por su incapacidad para pronunciar correctamente la W de su nombre.

- Prometió una larga guerra contra el terrorismo: “La lucha contra la violencia extremista no acabará rápidamente, y se extenderá más allá de Afganistán y Pakistán... Será una larga prueba para nuestra sociedad libre, y para nuestro liderazgo en el mundo”.
- Llegó a unos niveles retóricos extraordinarios para encubrir el supuesto historial benéfico de la gran potencia líder al decir que: “Más que ningún otro país, los Estados Unidos de América han contribuido a la seguridad mundial durante más de seis décadas”.
- “A diferencia de las grandes potencias de antaño, no queremos dominar el mundo”.
- “No aspiramos a ocupar otros países”.
- “Seguimos siendo herederos de la lucha moral por la libertad, y ahora debemos recurrir a toda nuestra fuerza y disuasión moral para enfrentarnos a los desafíos de una nueva época”.

Estas últimas afirmaciones fueron demasiado para Matthew Rothschild, director de la revista mensual de la izquierda liberal, *The Progressive*. En un artículo titulado “Obama Steals Bush’s Speechwriters” [Obama se apropia de los redactores de discursos de Bush], Rothschild le ofrecía una respuesta histórica bien informada:

“ Bueno, veamos: Estados Unidos llevó al mundo al borde de la aniquilación nuclear durante la Guerra Fría; invadió un país latinoamericano tras otro, y derrocó en secreto otros gobiernos. Estados Unidos ayudó a derrocar los gobiernos de Ghana y el Congo, y apoyó a las fuerzas racistas de Sudáfrica; se sumergió en la guerra de Corea para apoyar después un dictador tras otro en Corea del Sur. Estados Unidos masacró entre dos y tres millones de personas en Indochina. Y Estados Unidos apoyó en Indonesia a Suharto, quien asesinó a un millón de personas, algunas a través de la CIA, tras hacerse con el poder en 1965. Y lo mismo hizo, diez años después, con su invasión de Timor Oriental que se cobró otras 200.000 vidas”.

“Obama puede recurrir a la ‘seguridad mundial’, si le da la gana, pero está chorreando sangre”.

“... ¿qué significa, entonces, disponer de casi 1.000 bases militares en más de 100 países?”

“... Estados Unidos ha invadido o provocado golpes de Estado en decenas de países en las últimas seis décadas, y no ha necesitado ocuparlos para instalar gobiernos títeres en ellos”. [4]

“Si el jueves por la noche hubieran cerrado los ojos durante la mayor parte del discurso del presidente sobre Afganistán y sólo hubieran escuchado sus palabras”, continuaba Rothschild, “fácilmente hubieran llegado a la conclusión de que George W. Bush seguía en el despacho oval... Y lo que se traslucía en sus palabras mostraba todo lo que necesitan saber sobre Obama”.

De nuevo la “muerte espiritual”: “Estados Unidos todavía está construyendo un país en Afganistán”

Cuando se acercan las Navidades con el aumento de la oferta de alimentos y el mayor índice de paro desde hace más de 27 años, deberíamos reflexionar sobre los terribles costes para el bienestar social interno y la oportunidad de la escalada bélica en el extranjero. Esos costes, reflejo del equivocado despilfarro de recursos, calificado por el Dr. King como síntoma de la “decadencia espiritual” de Estados Unidos, son enormes. Según cálculos de la propia Casa Blanca, la escalada afgana va a costar 1 millón de dólares anuales por cada nuevo soldado desplegado- unos 30.000³ millones de dólares de gasto. En un país racional, justo y democrático, esa extraordinaria cifra debería utilizarse para la creación de empleo y para financiar la educación, la ayuda a la vivienda y el servicio de salud en un momento en que el paro real en Estados Unidos se acerca al 20 por ciento, y 45.000 estadounidenses mueren anualmente por falta de seguro médico; en unos momentos en que 1 de cada 4 niños depende para su alimentación de vales de comida.

Bob Herbert, columnista del *New York Times*, recordando los últimos discursos y alocuciones del Dr. King contra las “inmorales prioridades” de los militares estadounidenses a finales de los años 1960, acogía el día del discurso de Obama en West Point con una denuncia elocuente:

“Este año se han suicidado más soldados que en ningún otro del que tengamos información. Pero el ejército ahora puede conseguir sus objetivos de reclutamiento porque los hombres y mujeres jóvenes que se alistán son incapaces de encontrar empleo en la vida civil. Estados Unidos está fracturado- el sistema escolar se deteriora, la economía es un caos, los índices de gentes sin hogar y pobreza siguen subiendo- pero estamos construyendo una nación en Afganistán, y enviando allí a decenas de miles de jóvenes angustiados económicamente, con un coste anual de un millón de dólares anuales por soldado”.

Está claro que “construir una nación” es un eufemismo para el ataque imperial y la ocupación. Analicen la inimaginable devastación- más de un millón más de personas muertas antes de tiempo, millones más de heridos y desplazados, y unas infraestructuras sociales y materiales destruidas- que “nosotros (nuestros agentes no electos del Imperio) hemos producido en Iraq, sobre lo que Obama tuvo el inicuo descaro imperial de decir en West Point: “Gracias al coraje, aguante y perseverancia [de los soldados estadounidenses] lo iraquíes tienen la oportunidad de decidir su futuro”.

¿Una oportunidad de decidir su futuro? Un respetado periodista de Oriente Próximo lo dejaba muy claro hace dos años: “la ocupación estadounidense ha sido mucho más desastrosa que la de los mongoles que saquearon Bagdad en el siglo XIII. Sólo los locos hablan de soluciones ahora. No hay solución alguna. La única esperanza es quizás que el daño pueda contenerse” (“The Death of Iraq” [La muerte de Iraq], *Current History*, diciembre 2007, p. 31). Uno se pregunta lo que Rosen tendría que decir sobre el comentario siguiente de Obama dirigido a los obreros del automóvil, reunidos en la

³ N. T.: En el original se dice “\$300 billion”, lo que supondría 300.000 miles de millones, lo que no parece corresponderse con el coste de 1 millón por soldado.

fábrica de General Motors en Janesville, Wisconsin, el 13 de febrero de 2008, justo antes de las primarias demócratas de ese Estado: “Ha llegado el momento de dejar de gastar miles de millones de dólares a la semana en reconstruir Iraq y empezar a gastar el dinero en Estados Unidos para reconstruirlo juntos”. [5]

Para quienes conocen la profundidad y gravedad de la destrucción infligida a Iraq por las dos invasiones, la actual en marcha, y la más de una década de sanciones económicas letales (embargo), esta declaración fue absolutamente obscena.

El gran Oriente Próximo

Volvamos brevemente a los méritos de Obama para recibir un premio de la paz, al margen de Afganistán y Pakistán. Si alguien todavía se preocupa por lo que ello supone aunque ciertamente no los medios de información-, Obama ha continuado con la desastrosa guerra de ocupación en Iraq. A principios de este mes, la Casa Blanca ha presionado al gobierno iraquí para que no lleve a cabo el referéndum popular previsto en el Acuerdo sobre el Estatuto de las Fuerzas de ocupación (SOFA, en sus siglas inglesas): el documento sobre la retirada que la resistencia iraquí obligó a firmar al gobierno Bush. Y lo ha hecho porque el gobierno Obama teme que la población iraquí insista en la inmediata retirada de todos los soldados estadounidenses, de acuerdo con su mayoritaria y larga resistencia a la presencia de las fuerzas de Estados Unidos en su país.

Obama se ha negado a descartar la aprobación de un ataque israelí contra Irán. Mantiene que un primer ataque estadounidense, posiblemente con armas nucleares, sigue siendo una opción de Estados Unidos en relación con la supuesta amenaza que supone Irán. Coherentemente ha hecho crecer las alarmas, como las utilizadas por Bush sobre las falsas armas de destrucción masiva, sobre el programa nuclear de Irán”, incluso mientras sigue adelante con sus intentos de potenciar las armas nucleares estadounidenses y con la ayuda al programa de armamento atómico de India, medidas ambas que incumplen el Tratado de No Proliferación Nuclear. Nada más recibir el Nobel, Obama dio la orden de acelerar la producción (con un coste de 51.000 millones de dólares) de una bomba letal anti bunker de 13 toneladas, para los bombarderos B2 *Stealth*⁴, con vistas a atacar las ficticias instalaciones nucleares iraníes.

Obama se ha negado a adoptar medida alguna contra la brutal y criminal ocupación de Israel en Palestina. Se niega a reconocer el hecho de todos conocido de que Israel es un Estado con gran potencia nuclear, algo que hace muy difícil para gran parte del mundo creerle cuando afirma estar preocupado por la posibilidad de que las armas nucleares puedan proliferar en Oriente Próximo.

Obama ha tratado de quedar bien con los gobiernos autoritarios de Egipto y Arabia Saudí porque resultan indispensables para apoyar los objetivos estadounidenses y “mantener a raya a Irán”.

⁴ N.T. Aviones considerados “furtivos” por su facilidad para traspasar las barreras antiaéreas.

La intimidación nuclear a Rusia

Pero más allá de Oriente Próximo, la Casa Blanca de Obama ha continuado la peligrosa costumbre del gobierno Bush de intimidar a Rusia, todavía segunda potencia nuclear del mundo. Ha contribuido a la formación del ejército y suministrado armas a Georgia, donde tuvo lugar en agosto de 2008 una guerra con Rusia, posiblemente patrocinada por EE.UU. Obama ha persistido, e incluso intensificado probablemente, los provocativos intentos de Bush para incorporar a Georgia y Ucrania, e incluso a las oficialmente neutrales Suecia y Finlandia, a la OTAN, una alianza política y militarmente controlada por Estados Unidos, cuyo objetivo es rodear a Rusia y acabar con su influencia y poder en Europa. Y aunque desechó los proyectos de George W. Bush para la instalación de bases “anti-misiles” cerca de la frontera occidental de Rusia con Polonia y Checoslovaquia, la nueva Casa Blanca está reconfigurando el “escudo contra misiles” anti-ruso con un sistema más disperso y de mayor movilidad que podrá estar operativo antes que los prometidos por el gobierno de Bush. El pasado mes de noviembre, los investigadores de izquierdas, Edward S. Herman y David Peterson subrayaban: “ Ante la creciente amenaza de verse rodeada y la crecientes militarización y rápidos avances técnicos en armamento de los occidentales (principalmente EE.UU.), Rusia se había inclinado decididamente por una mayor dependencia de las armas tácticas y nucleares. En esas regiones, Obama una vez más representa la continuidad en lugar del cambio”. (Mr Zine, 9 de noviembre de 2009 en: <http://www.monthlyreview.org/mrzine/hp091109.html>).

Al igual que su predecesor, Obama se sirve de la ridícula idea de que Europa está amenazada por Irán para “justificar la implantación de un sistema de misiles dirigido contra Rusia y China (John Pilger, “Power, Illusion and America’s Last Taboo” [Poder, mentiras y el último tabú de Estados Unidos], *International Socialist Review* (noviembre-diciembre de 2009), p.26.)

Hacia el retroceso de la democracia en Latinoamérica

Entretanto, y volviendo a su propio hemisferio, Obama fomenta el contra ataque de la derecha contra los recientes movimientos hacia la justicia social y la independencia de Latinoamérica. Amparado en una retórica progresista engañosa que parecía situarle al lado de la democracia en Honduras, el verano pasado Obama se negó a tomar medida alguna contra el golpe de Estado derechista que derribó a un presidente de tendencias izquierdistas, elegido democráticamente - un golpe que sin duda la Casa Blanca conocía de antemano y hubiera podido evitar con una simple llamada telefónica. Su gobierno acaba de reconocer los resultados de unas elecciones fraudulentas, amañadas por la junta hondureña, unas elecciones impugnadas por todos los países latinoamericanos, con la excepción de unos pocos. Siguiendo los pasos de gobiernos precedentes, Obama ha continuado con las costosas inversiones de los contribuyentes estadounidenses en la represiva guerra contra las drogas en México y en el reaccionario gobierno clientelar de Colombia, cuyo corrupto líder, Álvaro Uribe, sigue contando con la adhesión de Washington para continuar sus intentos de socavar lo que queda de democracia en el país. El gobierno colombiano financia escuadrones de la muerte y tiene el peor historial de violación de los derechos humanos en Latinoamérica. Con la ayuda de los satélites

del Pentágono, sus paramilitares llevan a cabo operaciones secretas en el interior de Venezuela, cuyo objetivo es la caída del gobierno izquierdista, democráticamente elegido de Hugo Chávez. Considerado un bastión de EE.UU. en un continente y región que se inclina hacia la izquierda y fuera de la supervisión estadounidense, Colombia sigue en la época Obama recibiendo de Washington centenares de miles de millones de dólares en “ayuda militar”. Al igual que en los años de Bush, recibe “apoyo militar estadounidense sólo superado por Israel”.

El 20 de octubre, el gobierno Bush firmó un acuerdo que garantiza a Estados Unidos el uso de siete gigantescas bases militares en Colombia. Bajo el pretexto de que se van a utilizar exclusivamente para operaciones internas contra las mafias de la droga, según la Associated Press, “su intención real es convertir Colombia en el eje central para las operaciones del Pentágono... [de forma que] casi la mitad del continente pueda cubrirse con aviones C-17 sin necesidad de repostar...” Lo que en palabras de John Pilger “significa que Obama tiene intención de ‘torpedear’ la independencia y democracia que los pueblos de Bolivia, Venezuela, Ecuador y Paraguay han conseguido por increíble que parezca, así como la histórica cooperación regional que se opone al concepto de “esfera de influencia” estadounidense.

Todos esos países, excepto Paraguay, eran (y siguen siéndolo) junto con Cuba y Nicaragua miembros del anti-imperialista ALBA- la Alternativa Bolivariana para Latinoamérica y Caribe), que se contrapone a la Zona de Libre Comercio de las Américas (FTAA, en su acrónimo inglés), patrocinada por EE.UU.

“La paz no da dividendos”

Por si fuera poco, Obama ha aumentado el presupuesto imperial de “defensa, responsable de la mitad del gasto militar del mundo, y mantiene más de 760 bases militares dispersas por más de 130 países.

Algo que resulta coherente con el informe facilitado a sus inversores por la empresa Morgan Stanley de Wall Street al día siguiente de la toma de posesión de Obama. “Según es bien conocido, Obama ha sido advertido y está de acuerdo sobre que la paz no produce dividendos”, (Frida Berrigan, “Dispatches from America” [Mensajes de Estados Unidos], *Asia Times*, 22 de noviembre de 2008. Véase: http://www.atimes.com/atimes/Middle_East/JK27Ak01.html).

A diferencia de su supuesta “reforma sanitaria”, los gastos militares de Obama están exentos del requisito de que “no aumenten ni un centavo el déficit federal”. Empresas de alta tecnología para la defensa, como *Boeing*, *Raytheon*, *Rockwell Collins*, *Xe Services*, *Halliburton* y *Lockheed Martin*, desde luego son como aves rapaces que recogen las ganancias encubiertas del Imperio. Con Obama al igual que con Bush, los principales ejecutivos y accionistas de la “defensa” “se esconden en sus mansiones mientras los jóvenes se desangran y entierran en el fango”. Son los mismos parásitos, sembradores de miedo, señores de la guerra empapados de sangre a los que cantaba Bob Dylan en 1962.

Esencia frente a Estilo

El cambio de Bush a Obama es un asunto de relaciones públicas y de “cambio de marca” ya que no se ha producido ninguna variación sustancial en el núcleo, en las estructuras básicas estadounidenses, en las actuaciones, políticas ni en las doctrinas o ideologías. Tal como Noam Chomsky señalaba en Londres un año después de la elección de Obama: “Cuando Obama tomó posesión, Condoleezza Rice predijo que seguiría las políticas del segundo mandato de Bush, y eso es casi lo que ha ocurrido, con la salvedad de un cambio de retórica y estilo. Pero lo sabio es atenerse a los hechos y no a las palabras. Los hechos, generalmente, son otra historia”, (*Common Dreams*, 9 de noviembre de 2009).

Si bien es cierto que este comentario probablemente habría molestado a los “principales” periodistas estadounidenses y a los académicos tradicionales del país como irresponsablemente “ideológico”, el mismo texto básicamente lo expusieron unos profesores británicos de diversas ideologías en una carta llena de sentido común, dirigida al *Guardian* a mediados de septiembre de 2009. La misiva de los académicos ingleses, pedía a los periodistas británicos y a los ciudadanos en general que profundizaran sobre la realidad de Obama y su auténtico papel en el mundo de la potencia imperial:

“Aunque el liderazgo de Obama ha mejorado la imagen de Estados Unidos, todavía no se ha producido cambio de importancia en su política en comparación con la era Bush. Todavía la presidencia de Obama se califica en los medios de información principales como una feliz salida del “desastroso Dubya”. Aunque pertenecemos a zonas del espectro político opuestas a los extremismos, estamos en contra. La opinión pública, creemos, debería recibir una información veraz sobre que Estados Unidos sólo se mueve por sus intereses, con independencia del partido que esté en el poder”.

“Obama se presenta como opuesto a Bush. Pero cuando se observan los hechos, en lugar de quedarse en las palabras y el estilo, y las limitaciones a las que se ve constreñido el poder presidencial, se puede legítimamente poner en cuestión hasta qué punto es capaz de cambiar las políticas estadounidenses. Exigimos un debate más amplio y profundo sobre la política exterior de Estados Unidos. Necesitamos acabar con esta patológica obsesión por el culto a la personalidad y analizar adecuadamente los hechos, una tarea difícil, lo reconocemos, habida cuenta de lo muy ensalzado y carismático que resulta el presidente actual”.

“Los periodistas deben ser mucho más francos sobre el presupuesto de centenares de miles de millones de dólares del Pentágono, sobre el enorme número de bases militares estadounidenses en todo el mundo, sobre su enorme estado policíaco. Si en Gran Bretaña mucha gente sabe que existen 57 bases estadounidenses en el Reino Unido, deberíamos ser mucho más realistas en nuestra actitud hacia ese país”. [6]

“El mal existe en el mundo”

No obstante todo ello y el historial bélico de Obama, tres meses después de que se publicara esta carta, Obama recibía el regalo del Nobel. Para Karl Ritter y Matt Moore,

de la *Associated Press* fue una “decisión inesperada” para “apoyar sus iniciativas de reducción del armamento nuclear, rebajar las tensiones con el mundo musulmán e intensificar la diplomacia y la cooperación en lugar del unilateralismo”. Pero mucha gente quedó “sorprendida por la insospechada elección recién iniciada la presidencia de Obama, quien... tiene que concretar sus logros en la consecución de la paz; todavía mantiene guerras coloniales en Iraq y Afganistán, y ha iniciado contraataques mortíferos contra Pakistán y Somalia”. Ritter y Moore citaban a Hamid Shabir, un estudiante de 18 años de Kabul, quien razonablemente se expresaba así: “Creo que Obama no se lo merece. No sé quiénes toman estas decisiones pero el premio debería concederse a alguien que hubiera hecho algo por la paz y por la humanidad” (Karl Ritter y Matt Moore, “President Obama Wins Nobel Peace Prize” [Se concede el Premio Nobel de la Paz al presidente Obama], *Associated Press*, 9 de octubre de 2009. Véase en http://news.yahoo.com/s/ap/eu_nobel_peace).

Absurdo a la luz de lo anteriormente expuesto, el premio Nobel de la Paz 2009 ha sido un espectacular regalo para la nueva marca del proyecto orwelliano de la actual Casa Blanca. No me resulta tan sorprendente debido a la exagerada *obamamanía*- mucho más extendida que nunca en la historia de Estados Unidos- que impera también en la Europa occidental liberal y progresista.

El propio Obama es consciente de lo absurdo del premio. En su discurso de aceptación en Oslo, Obama decía: “No puedo discutir con quienes consideran que hay otros hombres y mujeres- algunos bien conocidos, otros anónimos excepto para las personas a las que ayudan- que merecen mucho más este premio que yo”.

Obama afirmó tener en mente la alocución de otro premio Nobel de la Paz, Martin Luther King, Jr. “en esta misma ceremonia hace años: La violencia nunca lleva a una paz permanente. No resuelve los problemas sociales: se limita a crear otros nuevos y más complicados”.

“Como alguien que se encuentra aquí como una consecuencia directa del trabajo del Dr. King, soy un testimonio vivo de la fuerza moral de la no-violencia” (“Remarks by Presidente” [Reflexiones del presidente], Oslo, 10 de diciembre de 2009: Véase <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-acceptance-nobel-peace-prize>)

Pero nada de ello impidió a Obama aceptar el premio, o a servirse de la ceremonia de entrega para lo que la *Associated Press* calificó de “una firme defensa de la guerra” (Ben Feller, “Obama Accepts Nobel Peace Prize With Robust Defense of War” [Obama acepta el del Premio Nobel de la Paz con una rotunda defensa de la guerra], *Associated Press*, 10 de diciembre de 2009)

“Soy el comandante en jefe del ejército de un país que está inmerso en dos guerras”, declaró Obama ante el Comité del Nobel y ante el mundo entero. “ Soy responsable del despliegue de miles de jóvenes estadounidenses para combatir en una tierra lejana. Algunos matarán y otros resultarán muertos. Y un jefe de Estado que ha jurado proteger y defender a su país no puede guiarse sólo por los ejemplos de Martin Luther King y Gandhi”.

“Me enfrento al mundo tal cual es”- el antiguo profesor se inviste de presidente para dirigirse a un número significativo de eventuales enemigos- “y no puedo permanecer inactivo frente a las amenazas contra el pueblo estadounidense. No nos engañemos: El mal existe en el mundo. Un movimiento pacifista no hubiera frenado a los ejércitos de Hitler. Las negociaciones no pueden convencer a los líderes de Al Qaeda para que abandonen las armas”.

Muy al contrario de la largamente mantenida creencia de Obama en la “excepcionalidad de que Estados Unidos” siempre ha sido, y sigue siéndolo “abrumadoramente una fuerza para hacer el bien en el mundo”, el historial sangriento del imperialismo bélico estadounidense señalado por Matthew Rothschild ocho días antes, lleva al mundo entero a la conclusión irrefutable (en un ejemplo de lo que Obama considera una infantil “desconfianza hacia Estados Unidos, como única superpotencia militar mundial”) de que el “mal” global tiene desde hace mucho tiempo sus cuarteles generales en Washington D.C. Supone un récord que el auténtico presidente Obama- muy diferente al de la “marca Obama”, vendida masivamente a los votantes liberales en casa y a las masas en el extranjero- haya conseguido mantener el curioso nombre de “cambio”.

La Associated Press continuaba: “Obama estuvo sólo 24 horas en Oslo y se saltó el tradicional segundo día de celebraciones, lo que molestó al pueblo noruego pero dio una idea de una Casa Blanca que valora poco las fotos extra del presidente, su bajada de popularidad en las encuestas y acepta una victoria en ultramar mientras miles de soldados se disponen a ir a la guerra y millones de estadounidenses siguen en el paro”.

“Hablar a favor de la guerra y de la paz”

Un titular de Ohio decía sin inmutarse: El ganador del Nobel defiende la guerra y hace un llamamiento para la paz”(véase: <http://www.wgal.com/politics/21917001/detail.html>). Fue la locura en un país, que como Noruega, en donde la euforia con Obama sigue intacta entre las elites. Según Harald Stanghelle, comentarista jefe de la sección política del diario *Aftenposten*, el “rotundo discurso de aceptación de Obama “puso de manifiesto su fe en el orden internacional y en los principios éticos para afrontar los problemas de este mundo. Y concluía: “Obama representa la esperanza del cambio”.

En el *Norway Post* se decía: “Nunca antes un premio Nobel de la Paz había presentado el mensaje de la necesidad de la guerra con tanta convicción”.

El periódico de mayor tirada de Noruega, *Verdens Gang*, terminaba su editorial del 11 de diciembre de 2009 como sigue: “El discurso de ayer permanecerá en la historia como un gran discurso de un Nobel, posiblemente, el mejor. Un presidente estadounidense en ejercicio, implicado en dos guerras, habló a favor de la guerra y de la paz. Y consiguió hacer las dos cosas.” (Norwegian Press Comment on Obama’s Acceptance Speech”, *The Norway Post*, 13 de diciembre de 2009. Véase : www.norwaypost.no/content/view/22892/26/)

La pasada primavera, Jeremy Scahill, periodista de izquierdas, decía en Chicago: “Barack Obama es un brillante partidario del imperio y ha descubierto la forma de engañar a mucha gente para que crea que está apoyando un cambio radical. Obama es un personaje orwelliano increíble, que puede conseguir que la gente crea que la guerra es la paz”.

En una entrevista, más o menos por la misma época, Scahill decía: “En general, está llevando a cabo una política exterior al servicio de los intereses del imperio estadounidense de una forma que los republicanos no se habrían atrevido ni a soñar”.

El título del artículo publicado en *Socialist Worker*, en el que Scahill hacía este último comentario, era largo “Re-branding War and Occupation” [Nueva etiqueta para la Guerra y la Ocupación]

Y por supuesto, este proyecto de “nueva marca” lo avaló el Nobel de la Paz.

¿Pedirá disculpas Noruega a Bola Boluk?

Es muy improbable que los noruegos retiren su espeluznante regalo a Obama, y a través de él, al imperio estadounidense. Pero quizás podríamos exigirles que pidieran perdón al pueblo de Bola Boluk.

La intensificación de los ataques de Obama contra los “insurgentes” que viven mezclados con civiles ha producido el previsto aumento de los “daños colaterales” en Asia del Sur. Y un suceso especialmente revelador se produjo la primera semana de mayo de 2009, cuando los ataques aéreos estadounidenses asesinaron a más de 140 civiles en Bola Boluk, un pueblo de la provincia occidental de Farah en Afganistán. Noventa y tres de los campesinos afectados por las bombas eran niños. Y sólo 22 eran hombres mayores de 18 años. Tal como informó el *New York Times*:

“El miércoles, en una llamada telefónica dirigida a través de un altavoz a los indignados miembros del Parlamento afgano, el gobernador de la provincia de Farah... comunicó que al menos 130 civiles habían sido asesinados”.

Según el gobernador: “los campesinos trasladaron dos tractores con restos de cadáveres a sus oficinas como prueba de las víctimas ocasionadas. Toda la gente que estaba allí vociferaba al contemplar el espantoso panorama”.

Un parlamentario afgano “declaró que alguien a quien conocía personalmente le había contado que se había enterrado 113 cadáveres, entre ellos muchas mujeres y niños. Y que más tarde se habían sacado más cadáveres de los escombros y que otras personas habían muerto en el hospital...” (*New York Times*, 6 de mayo de 2009).

La respuesta inicial del Pentágono de Obama a este terrible suceso- uno más de los asesinatos masivos producidos por los ataques aéreos estadounidenses en Afganistán desde octubre de 2001-, fue el de responsabilizar absurdamente de las muertes de civiles a la “granadas de los Talibán”.

Aunque la secretaria de Estado de Obama, Hillary Clinton, expresó su profundo “pesar” por la pérdida de vidas inocentes, ni ella ni Obama pidieron perdón o reconocieron la responsabilidad de Estados Unidos por la masacre de civiles en la provincia de Farah. Estados Unidos, ya lo dijo Obama tanto como candidato cuanto como presidente, no tiene que pedir perdón por sus “errores”. Y ello, explicó, porque Estados Unidos es por encima de todo “una fuerza benéfica para el mundo”.

En fuerte contraste, el pasado mayo Obama se había disculpado y había cesado a un funcionario de la Casa Blanca por haber asustado a la población civil estadounidense con un vuelo rasante por encima de Manhattan para hacer fotos, vuelo que había recordado a los neoyorquinos el 11-S.

Las diferencias son reveladoras. Asustar a los neoyorquinos produce la asunción de responsabilidades del presidente y provoca la destitución de un funcionario de la Casa Blanca. Asesinar a más de 100 civiles afganos no merece pedir perdón. Ni la destitución de nadie. Al Pentágono se le permite emitir comunicados absurdos sobre las muertes de civiles- historias que los principales medios de comunicación (corporativos e imperialistas) aceptan sin dudar. Seguidamente, se lleva a cabo una dudosa “investigación” sobre la matanza de Bola Bulak que reduce drásticamente el número de muertos civiles y responsabiliza a los Talibán por colocar a civiles en la trayectoria de las bombas estadounidenses.

Orwell, Vonnegut y Kafka hubieran quedado impresionados. Algunos afganos, no.

Tal como un joven pastún declaró a *Al Jazira* el mismo día de la concesión del Nobel al presidente del imperio estadounidense. “Obama lo único que nos ha traído al país es la guerra. ¿Premio de la Paz? Es un asesino”.

“No se merece el premio”, decía una mujer de Bola Boluk. “Nos ha bombardeado y nos ha dejado sin nada, ni con una casa”. [8]

Posdata. Hay buenas noticias: Tras los discursos de Obama sobre Afganistán y su nefasto Nobel, los supervivientes del movimiento contra la guerra se han reavivado hasta niveles nunca vistos. Junto al impacto acumulativo del primer año de corporativismo y militarismo de Obama, el efecto demoleedor de sus notables discursos al estilo Bush (en West Point y Oslo) en defensa de la guerra y el militarismo ha empezado a levantar la niebla de la “Obamamanía”- el paralizante impacto del primer y carismático presidente negro en las fuerzas progresistas del interior de la “patria” estadounidense”. La realidad imperial de Obama ha ido disolviendo la infantil confusión difundida por la “marca Obama” [8] en un grado sin precedentes. El 5 de diciembre, me manifesté contra la re-escalada en el centro de Chicago con centenares de colegas de izquierdas, coreando entre otros lemas: “Obama no nos mientas más, tus guerras no llevan la democracia”. Muchos curiosos compradores navideños de la “ciudad de origen” de Obama se reían y otros aplaudían. Estaban contentos al comprobar la confirmación de lo que muchos de ellos habían pensado en los últimos días: que el tan cacareado “cambio del 4 de noviembre de 2008 le había convertido en uno más de la larga lista de presidentes bélicos.

Fue estupendo vivirlo. “La marca Obama” había ahogado demasiado tiempo al movimiento pacifista. La asesina guerra permanente y las malsanas prioridades imperialistas son ilegales, no importa si las lleva a cabo un imbécil blanco republicano de la Texas profunda o un elocuente negro demócrata de Chicago; tanto si las dirige un tosco gamberro como Richard Nixon como si lo hace un personaje telegénico y joven como Jack Kennedy. Las exigencias del sistema empresarial y militar son un asunto prioritario para los dos partidos.

No se trata de escribir “Letras abiertas al presidente Obama” como hace Michael Moore, pidiendo que “el comandante en jefe” se comporte como el personaje progresista que tantos desengañados liberales izquierdistas (con Moore a la cabeza) creyeron que era. Ha llegado el momento de enfrentarse al nuevo estilo del Imperio, decidido a “luchar contra los ricos y no contra sus guerras”.

Notas

[1] “El ministerio de la Verdad... era una enorme estructura piramidal de hormigón blanco y reluciente, que ascendía, terraza tras terraza, a unos trescientos metros de altura. Desde donde se encontraba Winston, se podían leer, pegados a su blanca fachada con caligrafía elegante, los tres eslóganes del Partido: LA GUERRA ES LA PAZ. LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD. LA IGNORANCIA ES LA FUERZA”. George Orwell, *1984*, (New York: Harcourt Brace Janovich, Inc. 1949), p. 7.

[2] Sobre Kissinger y Chile, véase: Christopher Hitchens, *The Trial of Henry Kissinger* (London: Verso, 2001), pp. 55-76, 129-130-

[3] Para Kissinger, Ford, Indonesia y Timor Oriental, véase: Noam Chomsky y Edward S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, volumen I (Boston, 1979), pp. 130-204; William Blum, *Rogue State: A Guide to the World's Only Superpower* (Monroe, ME: Common Courage Press, 2005), pp. 188-89.

[4] Rothschild comparaba la visión histórica de Obama con el siguiente párrafo del discurso sobre el Estado de la Unión pronunciado por Bush en 2004: “Estados Unidos es un país que tiene una misión que se deriva de nuestros principios más acendrados. No queremos dominar, no tenemos ambiciones imperiales. Nuestro objetivo es una paz democrática, una paz basada en la dignidad y los derechos de todos los hombres y mujeres. Estados Unidos se mueve por esta causa junto a sus aliados, aunque sabemos que se pide de nosotros: Esta gran República tiene que liderar la causa de la libertad”. M. Rothschild, “Obama Steals Bush’s Speechwriters”, *The Progressive*, 2 de diciembre de 2009. Véase, Blum, *Rogue State*, pp. 162-220, donde se describe una útil historia de las intervenciones estadounidenses en el exterior durante los años 1945-2004.

[5] WIFR Televisión, BS 23, Rockfort, Illinois, “Obama Speaks at General Motors in Janesville”, 13 de febrero de 2008, véase en : <http://www.wifr.com/morningshow/headlines/15618592.html>

[6] Profesor Inderjeet Parmar (Universidad de Manchester), Dr. Mark Ledwidge (Universidad de Manchester), Rob Sing (Birbeck College), Dr. Tim Lynch (Institute for the Study of the Americas), “Letter: U.S. Foreign Policy”, *The Guardian*, 18 de septiembre de 2009. Véase: <http://www.guardian.co.uk/world/2009/sep/18/us-foreign-policy-obama-afghanistan>

[7] “Barack Obama es una marca. Una marca diseñada para que nos sintamos bien con nuestro gobierno mientras los grandes empresarios saquean nuestros impuestos; los grupos de presión de las industrias de armamento siguen llenando los bolsillos de nuestros representantes electos; nuestros medios de información nos distraen con chismes y futilidades y nuestras guerras imperialistas se extienden por Oriente Próximo. La marca Obama va dirigida a que nos sintamos felices consumidores, a entretenernos. A que nos sintamos esperanzados. Nos gusta nuestro presidente y creemos que es como nosotros. Pero como todos los productos de marca surgidos de la publicidad manipuladora de las corporaciones, nos están engañando para que hagamos y apoyemos muchas actuaciones contrarias a nuestros intereses”.

“... La campaña de Obama fue considerada por los profesionales del ramo como la mejor campaña publicitaria del año 2008, y superó a las de *Appel* y *Zapoos.com*. La marca Obama es el sueño de cualquier publicitario, ya que el presidente Obama hace una cosa y la marca Obama consigue que se crea que hace otra. Ahí radica el éxito de la publicidad. Uno compra o no lo que los anunciantes quieren, gracias a cómo nos lo presentan. Véase, Chris Hedges, “Buying Brand Obama” [Comprar la marca Obama], *Truthdig* (3 de mayo de 2009). Véase: http://www.truthdig.com/report/item/20090503_buying_brand_obama/

[8] www.youtube.com/watch?v=OBHrnQTinGY&feature=related